

estaba mas establecido el culto de los falsos Dioses. Desde el nacimiento del Christianismo en el Occidente, fue plantada en las Galias la fé; pero su triunfo no habia sido sino imperfecto. La Cruz no tenia allí sino un pequeño número de Adoradores. Estaba reservado á Martin el extender las conquistas del Evangelio en estas vastas Provincias.

○ Pero ¿por qué cruel prueba debia entrar Martin en esta penosa carrera? La primera conquista que medita, no la consigue. ¡Fatal ceguera! Su corazon es tanto mas enternecido, tocado, y movido, quanto el objecto le es mas querido. En un padre es en quien halla el solo enemigo que le resiste. Una madre tierna y

dócil escucha facilmente, y se rinde á los atractivos de la gracia. Muchos Pueblos, se someterán á la obediencia de la Cruz; pero en medio de sus mas brillantes sucesos, no olvidará jamás Martin, que la victoria que debia lisonjear mas su celo, es la única que el Cielo le rehusa. Con todo, ¿quántos trofeos consiguió capaces de librarle de este importuno pensamiento?

○ Yo me presento á Martin en medio de la Francia, como otro Ezequiel, á quien el espíritu de Dios conduxo en medio de un dilatado campo. El Pueblo sepultado en la noche del Paganismo, sin conocimiento, y sin amor de Dios, se me figura á estos huesos descarnados, sin for-

ma, sin accion, sin movimiento, á los que el Profeta hizo oír la voz todo poderosa del Señor: *ossa arida, audite verbum Domini*. En efecto; habla el Profeta: se dexa oír un ruido sordo: los huesos áridos y dispersos, se animan, y se reunen; se cubren de carne, y presto toman la forma de un cuerpo perfecto: *ingressus est in ea spiritus & vixerunt*. Pueblos sentados en las sombras de la muerte, clama S. Martin, Pueblos, que no adorais á otros Dioses que á los que son obras de vuestras manos, escuchad la palabra de un Señor mas poderoso: *ossa arida, audite verbum Domini*. Apenas el nuevo Ezechiel hizo oír su voz, quando por todas partes veo los mas pasmosos efectos:

los Pueblos distantes se juntan; el Espíritu de Dios les mueve, les inquieta, y les muda: semejantes á esos huesos secos que se animan, les veo tomar una nueva forma: los primeros renacen á la vida, y los segundos nacen á la gracia: *ingressus est in ea spiritus, & vixerunt*.

Si hubiera de trazaros un elogio menos fecundo en maravillas, me detendria á pintaros los obstáculos que tuvo que vencer Martin: os diria, que tuvo que vencer igualmente las preocupaciones de la educacion, la fuerza del exemplo, al tirano de la costumbre, la ceguera de los espíritus, y la depravacion de los corazones: os diria, que no emprendia nada menos, que inspirar horror

del vicio á hombres que erigian al vicio por virtud: os haria admirar la actividad y la fuerza del heroismo de su celo; pero dexo todos estos combates; porque los triunfos llevan mi atencion: los obstáculos se presentan allanados, y los trabajos coronados por los mas gloriosos sucesos. Los Templos de los falsos Dioses reducidos á ceniza: los cultos sacrilegos suspendidos y abolidos; todos los monumentos de la Idolatría trastornados; los Idolos hechos pedazos sobre sus propios Altares; y todo que ha mudado de semblante. Busco á los árboles antiguos consagrados por la credulidad del Pueblo, y no los hallo; á presencia de los mismos Idolatras alborotados, y á pesar

de sus esfuerzos, de sus amenazas, y de su furor, Martin destruyó las funestas obras del infierno, y las erigió como otros tantos trofeos á la Religion. En los mismos lugares en que se veían los Templos de los Idolos inanimados, se levantan con magestad los Templos de Dios vivo. Los Pueblos antes barbaros, tercios y anegados en las tinieblas de la Idolatría, forman un Pueblo civilizado, dócil, y Christiano: *ingresus est in ea spiritus, & vixerant.*

Si Martin fue intrépido defensor de la Religion contra la impiedad del Paganismo, tambien fue acerrimo defensor de ella contra la rebelion de la heregía. Acia la mitad del quarto siglo, la Iglesia vió levan-

tarse en su seno la mas furiosa tempestad. Un hombre de un espíritu elevado, sutil é igualmente capaz para persuadir, que para engañar: de un natural dulce, agradable y propio para insinuarse: de un exterior grave, austéro y hábil para sorprender: un hombre al principio conocido por sus talentos, despues por su inconstancia, y en fin por su impiedad. Arrio, digo, acababa de turbar la paz de la Religion por un sistema que no se dirigia á nada menos que á destruir la Divinidad del Verbo. Los primeros sucesos del Heresiarca habían alentado su audacia, á pesar de los anatemas que pronunció contra él el Concilio de Nicea. El se preparaba á nuevos triunfos; pero una muerte

trágica le detuvo en sus funestos proyectos. Pero ¡oh, que el fin de su vida no puso fin á sus errores! El Arrianismo favorecido y sostenido por los Príncipes, se derrama como un torrente; sus sectarios altivos resisten á la ciencia de un Atanasio en el Oriente, y de un Hilario en el Occidente. El Universo entero se vé con pasmo envuelto en el error: *Mirabatur orbis se esse Arianum.* Una fórmula equívoca, sorprehende á la fé del mismo Roma. ¿Diré yo, oyentes míos, que Martin executa lo que intentaron inútilmente los Atanasios, y los Hilarios? No, no: el celo de Martin no puede apagar del todo las llamas de este incendio universal: pero ¡oh, que son muy ter-

ribles los golpes que su intrepidez y su ciencia dan á este monstruo altivo! No es bastante para él el establecer el principio incontestable de la consubstancialidad del Verbo, Jesu Christo engendrado de su Padre en el esplendor de los Santos antes del nacimiento de los siglos, nacido en el seno de una Virgen, igual en todo á su Padre: poderoso, eterno, y Dios como su Padre. No es bastante para él el hacer ver que tres Personas hacen un solo Dios; que la unidad de naturaleza no destruye la Trinidad de Personas; que este es un Misterio sobre la razon, sin ser contra la razon: no se contenta Martin con esto solo, sino que añade á esta profunda ciencia los últimos esfuerzos

de un celo infatigable. El ataca y combate á la heregía en el Pueblo: él sabe que la heregía es tanto mas poderosa sobre el espíritu del Pueblo, quanto éste se empeña en ella por ignorancia, y no la sostiene sino por terquedad. El la ataca por su defecto, y presto triunfa.

Vencedor de las ideas vulgares, él persigue al Arrianismo en sus mas ardientes Protectores, en los Obispos, digo, que eran las cabezas del partido. La ambicion ó el interés es la que arrastra á un Obispo á las novedades profanas. La envidia de dominar, se oculta baxo las apariencias de Religion. Un Obispo es tanto mas tercamente adherido al error, quanto mejor conoce lo falso y lo

ridículo. Tal era Auxencio Obispo de Milan. La ambicion le habia hecho partidario de Arrio; un falso punto de honor le empeñaba á sostenerlo. Genio limitado, carácter violento, él se veía reducido al silencio por el discurso de Martin; no sabia vengarse sino por injustas persecuciones. La rabia y el furor, son la última defensa de la heregía. ¿Y he dicho bastante, oyentes míos? ¡Oh! el celo de Martin se mueve á empresas mas atrevidas. El confunde al Arrianismo hasta sobre el Trono. Sí, la Corona Imperial estaba imbuida de este veneno fatal. Justina apoyaba el error con su autoridad: criada en la Religion Arriana, aborrecia á los Católicos con exceso. Los

Ministros de Jesu-Christo eran sus mas mortales enemigos. El sexò no se contenta con aborrecer, sino que es ingenioso en comunicar su odio. Justina inspiró los mismos sentimientos á Valentiniano. Valentiniano altivo, imperioso, é inaccesible para todo el mundo, era muy dulce, muy fácil, y muy complaciente para la Emperatriz. Los deseos de Justina arreglan la voluntad del Príncipe: ella reyna sobre su corazon: y hace reynar en él con ella el Arrianismo. Valentiniano, sin ser herege, protege la heregía, y aparta del Trono á los Ministros Santos. San Martin se presenta en la Corte; pero no se le permite el entrar á hablar al Príncipe. ¡O vanas prohibiciones!

¿qué veo yo? Se quitan los obstáculos, se sorprende la vigilancia de las guardias; se abren de suyo las puertas; y Martin halla camino libre hasta los pies del Trono. El se acerca al Príncipe, y por un milagro prodigioso, le obliga á calmar su injusta cólera; y por este golpe atrevido reduce al Arrianismo á la necesidad, ó de confesar su impotencia, ó de rendirse á la verdad.

Nuevas empresas, y nuevos triunfos para Martin. La heregía vencida, le mira como su azote, y como su destruidor. El intenta un proyecto mas crítico; él suspende y contiene los errores de la supersticion. ¿La supersticion es menos fatal á la Iglesia, que la incredulidad? Este es un pro-

blema que no me pertenece á mí el resolverlo. Uno y otro exceso causan los mas funestos destrozos. La incredulidad lo niega todo, la supersticion nada: la una derrama una luz dudosa sobre la verdad misma; la otra cree ver la verdad en la mentira: la una es el vicio del espíritu que profundiza demasiado: la otra es el vicio del espíritu que no profundiza bastante: los Grandes dan ordinariamente en aquel; y el Pueblo en éste. Si es difícil el poder persuadir á los primeros, no lo es menos el poder desengañar á los segundos: y en unos y otros la Religion halla sus mas peligrosos enemigos. ¿Me atreveré á decirlo? Algunas veces se vé al hombre incrédulo, ceder á la razon;

pero el supersticioso parece triunfar siempre de la razon misma. ¡O ideas populares! Ellas se ocultan imperceptiblemente; ellas se extienden con prontitud; y se las vé perpetuar en la sucesion de siglos. La ignorancia las produce, la impostura las adopta, la costumbre las autoriza, y la credulidad cree reconocer en ella un carácter de Religion. Abuso peligroso; abuso que Martin emprende suprimir. Cerca de Marmoutier se habia introducido un culto público, que habia tenido origen en una falsa opinion. Es el caso, que era el objeto de la supersticion un Martyr supuesto, cuyo nombre ignoraba el Pueblo; pero de cuyo poder no sospechaba: se le habia

eregado en honor suyo un Altar: el Pueblo concurría allí en tropel: se atribuían al pretendido Santo las mas heroicas virtudes; y aún se creía que tenia la virtud de hacer milagros. ¿Pero es necesario, oyentes míos, el representaros las escenas brillantes, de que era el teatro este famoso túmulo? El celo de Martin me ofrece otro espectáculo. ¡Qué prudencia! ¡Qué discrecion! Testigos de la devocion popular, no sabé al principio abolirla, y busca modo de justificarla: si no puede desenvolver en una obscura traicion la mentira de la verdad, evita por algun tiempo un ruido indiscreto. Acude al Cielo, para arreglar los pasos de su celo: suplica, y sus oraciones son oídas.

El conoce el abuso de un culto fraudulento introducido ; y se presenta sobre el túmulo del falso Martyr una sombra horrible. Entonces, entonces el celo de Martin se entrega á su impetuosidad: él amenaza, truena y fulmina. El intimida al Pueblo, para desengañarle mejor: él le fuerza de un golpe á renunciar á un Santo sin mérito, y á dexar una devoción sin autoridad.

De este modo sostiene Martin la pureza de la Religión, contra los errores de una costumbre supersticiosa. Digo en fin, que la sostiene tambien contra los excesos del falso celo. Estos son aquí prodigios conocidos, célebres y únicos. Basta anunciarlos: vuestra imaginacion me previene: ya

vuestro espíritu os trasporta á la Corte de Máximo. Al nombre de Máximo se representa todo lo que la tiranía tiene de mas odioso: un subdito revelado contra su Príncipe: un subdito bastante atrevido para abrirse camino por la muerte de su Príncipe, á la Corona. ¿Qué crimen? Pero el crimen mismo tiene sus lisonjeros: la adulacion sigue siempre al poder: se veía al mismo celo degenerar de la santa intrepidez que debia formar su carácter; como si el Trono quitase los defectos, y diese las virtudes. Los Obispos mismos fueron á la Corte á solicitar las gracias del Príncipe, y se atrevieron á ponerse en el número de los Cortesanos. La caridad les guiaba; y en

favor de la caridad, ellos se atrevieron á erigirse Panegiristas á expensas de la verdad. Ingeniosos en estudiar las inclinaciones de Máximo, creían que la lisonja conseguiria lo que no se atrevian á esperar de su Justicia. Viles adoradores de la fortuna, ellos degradan al Sacerdocio, y su celo mal entendido, les hace prevaricadores de su Ministerio, quando debian cumplirle con mas severidad. Atenciones culpables de la política humana, vosotras jamás reinasteis en los discursos de Martin. Como los demás Obispos, tambien Martin, se presenta delante del Tirano: el mismo motivo le lleva; pero no hará ver la misma flaqueza. El viene á pedir á Máximo que man-

de quitar las cadenas á mil infelices que se iban acabando en el horror de las prisiones. El pide, y parece mandar. El lustre del Trono no deslumbraba sus ojos, ni le dexaba ver la imagen de su Dios en un criminal usurpador de la Corona. El vitupera á Máximo delante del mismo Máximo. Si consiente en comer á la mesa del Tirano, no es sino para dar al Universo pasmado el exemplo único de una libertad superior á los sucesos. Bien sabeis el famoso lance de la copa que el Emperador presenta á Martin, y que Martin dá al Ministro de Jesu-Christo que le acompañaba antes de presentarla al Emperador. ¡Accion heroica! Máximo la admira; su admiracion se

comunica á su Corte : ¿qué digo ? La posteridad mas distante sabrá siempre con una nueva sorpresa , que , colmado de honores por los Soberanos de la tierra , San Martin no pudo vencerse á darles honores que no creia deberles.

¿ Es esto , oyentes míos , sostener la Religion contra los excesos del falso celo ? Pero quando hablo de los excesos del falso celo , no entendais que hablo de aquel lance , no se si le llame glorioso , ó fatal , que sucedió á Martin : yo me explicaré. La heregía de los Priscilianistas que España habia visto nacer , comenzaba á derramarse en Francia. El Concilio de Zaragoza la habia condenado ; pero un celo inconsiderado

quiso dar al error golpes mas decisivos. Ithacio pretendió contener el mal en su origen ; la Iglesia habló ; esto no es bastante para él : y hizo resonar en el Trono del Emperador una causa que no le pertenecia : los Obispos interesados en confundir á algunos enemigos particulares empeñados en la heregía , se juntan á Ithacio : forman un partido ; lo prueban ; y lo prosiguen. Máximo les sostiene ; San Martin les resiste : no pertenece al poder secular , el terminar las diferencias que se levantan en la Iglesia : este es un Tribunal extraño : todo celo que se atreve á apelar á este Tribunal es un celo falso : San Martin lo condena ; y no lo condena menos que en los Pris-

cilianistas. En efecto, en vano se acusa su dulzura: en vano se sospecha de él, que favorece á los Hereges, y que sigue sus sentimientos; pues la dulzura de Martin es reglada sobre la Justicia. Es transtornar el órden, el hacer que una causa Eclesiástica se someta á un Juez secular: ved aquí el motivo que impide á Martin el comunicar con los Ithacianos. Hasta aquí, ¡qué gloria para San Martin! ¿Pero lo diré? La columna de la Religion bambalea; el Moysés de la nueva Ley titubea, y cae. Salió del Trono un Edicto sangriento. Martin cree no poder salvar la inocencia oprimida, sino cediendo á la voluntad del Emperador. La caridad le aprieta, le determina,

y él se rinde. El mas terrible enemigo de los Ithacianos comunica con ellos.

¡O gran Dios! Yo adoro vuestros Juicios. La virtud de Martin hubiera sido mas brillante, si no hubiera tenido sus eclipses, y se hubiera creido Divina, si no hubiera dexado ver algunas flaquezas de humana; pero este momento de flaqueza vino á ser para Martin el motivo de una larga penitencia; y para nosotros una poderosa instruccion. Este hombre, cuyo poder reconocen, y anuncian los elementos: este hombre, á quien respeta la misma muerte: este Thaumaturgo, cuyos pasos estaban siempre señalados por algunos prodigios, no fue esento de defecto. El fue el depo-

sitario del Poder Divino; pero también fue un triste exemplo de la fragilidad humana. Admiramos sus virtudes y su gloria: instruyámonos por su caída y por su penitencia: aprendamos, que los mayores hombres son siempre hombres; ellos pueden caer, pero su falta dá nuevo lustre á su santidad, y su penitencia pone el cúmulo á sus virtudes. Yo podria representaros á San Martin en estos dias de humillacion y de lágrimas mas grande que quando reducía á polvo los Templos de los Idolos; mas grande que quando daba vista á los ciegos, oído á los sordos, y vida á los muertos. Pero forzado por el tiempo á suprimir mil lances de un elogio fre-

qüentemente multiplicado, y jamás acabado, concluiré con este momento en que terminó su carrera.

¡Qué celo! ¡qué constancia! ¡qué sumision perfecta á los órdenes de la Providencia! Morir, no morir: él no tiene mas voluntad, que la voluntad de su Dios. ¡O prodigio de la virtud mas heroica! No temer la muerte: no rehusar la vida: verse igualmente combatido por el deseo de ir á gozar de la recompensa de sus trabajos, y por el ardor de ocuparse en trabajos aún mas penosos. ¿No es esto, oyentes míos, ser Martyr, aún mas generoso, por decirlo así, que los mismos Martyres? *non recuso laborem?* No, su corazon lo dividen el Cielo, y la tierra, su Dios

y su Pueblo. Ordenad, Señor, ordenad.... que él está pronto á seguir su destino. Feliz en todo, porque no quiere vivir, ni morir sino para Vos: *non recuso laborem.* ¡Qué muerte! Pero así mueren los hombres, y los Heroes de la Religion. Los prodigios de su muerte igualan á los de su vida. La gloria de San Martin le sigue hasta el túmulo: los milagros se multiplican; su nombre se hace célebre en todas las partes del mundo: la época de su muerte viene á ser una época universal: la Iglesia le dá los honores mas singulares; y la gracia le reverencia baxo el nombre glorioso de Thaumaturgo: nosotros, oyentes mios, le re-

verenciamos baxo el título de un hombre que fue el adorno, y el Defensor de la Religion: el Paganismo, la heregía, la supersticion, y el falso celo, le miraron siempre como su azote, y su vencedor. Pero nosotros caminemos á exemplo suyo, por las sendas de una fé segura, de una rigurosa penitencia, de una paciencia invencible, y de una profunda humildad; que de este modo lograremos, &c.